

# DÍAS ALCIÓNES DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

CONCHA MELÉNDEZ

Mucho tiempo ha de pasar antes de que nos habituemos a no contar con la voz sabia, justa, guiadora, de Pedro Henríquez Ureña. Sabíamos que en Buenos Aires, su infatigable inteligencia, trastocando horas de sueño por largas vigias, exploraba, ordenaba, meditaba, y nos ofrecía la síntesis: fruto que sólo los iniciados aprecian en toda su implícita generosidad. Nos sosegó y confortó la certeza de que por él valíamos en el preocupado mundo de los estudiosos y soñadores.

Nadie en nuestra América después de Andrés Bello, tuvo como él las virtudes del *scholar* en el sentido más exacto. Las angustias y goces del investigador ennoblecen su vida; la probidad que lo lleva a fuentes seguras depura su juicio, conciliador a veces como en su conclusión sobre las fórmulas del americanismo; de novedad convincente otras, como en sus difundidas ideas sobre la exuberancia de América —que refutó— o sobre la poesía mexicana de la altiplanicie.

Su contribución a la lingüística y especialmente al conocimiento del español de América; su interés por los temas de versificación, culminan en libros o estudios indispensables ya para maestros, estudiantes, y especialistas.

Y su obra de pedagogo, ¿quién podrá medirla en la vasta zona que ocupa desde su primera gestión? Recordándole incorporado en juventud inicial, precozmente madura, a la generación mexicana del Centenario, ha escrito Alfonso Reyes: “En lo privado era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar y suscitaba una verdadera reforma, pesando en su pequeño mundo mil compromisos de laboriosidad y de conciencia. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó.”<sup>1</sup> Las antologías y libros de enseñanza que preparó solo o en colaboración con otros, son visibles testimonios en este aspecto, de constante fecundidad.

La cultura de España le debe también una dedicación tenaz, abarcadora de los valores de todos los tiempos desde Fernando de Rojas a Azorín, desde los anónimos cantores populares hasta Juan Ramón Jiménez y Moreno Villa. Se detiene con más frecuencia en la “plenitud de España”, en el esplendo de los siglos de oro, y en ellos, atraído acaso por invencible afinidad, ante el maestro Hernán Pérez de Oliva. El magnífico ensayo que le dedica fue compuesto en 1910, en aquella primavera de jóvenes pensativos que en México leían *El Banquete*<sup>2</sup> de Platón, repartiéndose las partes de los personajes y estudiaban la tragedia griega aspirando a interpretarla o ensayar sus recursos. Alfonso Reyes, que por entonces escribía su ensayo *Las tres Electras* ha sido el más consecuente evocador de la Grecia genuina, componiendo más tarde su poema *Ifigenia cruel* y su reciente tratado *La crítica en la Edad Ateniese*. Henríquez Ureña había publicado ya la traducción de los *Estudios griegos* de Walter Pater y preparaba *El nacimiento de Dionisos*, intento de tragedia al modo clásico.

Hay en muchos pasajes del ensayo sobre Hernán Pérez de Oliva, la contenida efusión emocional que se borra después de las páginas de Henríquez Ureña mientras se va alejando de su primera juventud. Son los días que él mismo describe como alciónes en las dedicatorias de *Horas de Estudio*: fugaz esplendor de días invernales al mediar la estación, desvanecidos pronto con el triunfo más duradero del gris. Estas páginas escritas en 1908 y 1909, son las que más nos dicen de la intimidad del autor, quien va cerrando después ese recinto personal y sólo muy de tarde en tarde —en algunos pasajes de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* o de *En la orilla: Mi España*, deja traslucir “el extraño tinte” de milagrosa belleza serena.

---

<sup>1</sup> Alfonso Reyes: *Pasado inmediato*, México, El Colegio de México, 1948, p. 48.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 50.

Lo que se muestra está velado por melancolía profunda, nunca por dramatismo en alta voz. Es la melancolía del *scholar*, ya predominante, melancolía de no tener para el estudio todas las horas, nostalgia de la patria “lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores”.<sup>3</sup>

Talento inclinado a lo grave y a lo hondo, como dice el mismo Henríquez Ureña de Pérez de Oliva, se dedicó desde entonces como él “a perseverar con ingenio para alcanzar las letras, anticipando la edad con la inteligencia” como dijo haber hecho también Oliva. Y sus obras posteriores a los *Seis ensayos* son el cañamazo gris sin el relieve de los “días alcióneos”; libros como *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936).

Su último libro es un monumento significativo de su amor a la América hispana, símbolo de la nobleza pura de su inteligencia. Imaginariamente podemos verle en el momento supremo con la frente descansando sobre las páginas de un cronista de Indias, como Petrarca, sobre el último códice que descifró. La atención a Hispanoamérica se resume en ese libro recogiendo y fijando lo mejor de sus hallazgos y conclusiones.

Invitado por la Universidad de Harvard, presentó allí las conferencias Charles Eliot Norton del curso 1940-1941. Ampliadas y anotadas en perfecto inglés como se dieron originalmente, aparecen bajo el título *Literary Currents in Hispanic America*, Harvard University Press, Cambridge, 1945.

Renace en la intención de este libro “la busca de nuestra expresión” estudiada en los *Seis ensayos* de 1928, ahora incluyendo las corrientes significativas en el pensamiento total hispanoamericano: filosofía, historia, literatura, arquitectura pintura, música. Las notas que amplían con datos valiosísimos el texto, ocupan más de setenta páginas reveladoras del rigor la honradez impecable y vasta información caracterizadoras de sus investigaciones.

Leyendo *Literary Currents in Hispanic America*, encontramos a cada paso afirmaciones sugeridoras de larga meditación, de generoso afán de pesar, ordenar, comparar.

El destino del Nuevo Mundo se augura en una cita de Montaigne: “Vendrá a la luz el Nuevo Mundo cuando el nuestro haya caído en tinieblas.” Nuestra sociedad produce un nuevo tipo humano que en el pensar de Henríquez Ureña no es una raza, ni siquiera una particular mezcla, sino “el resultado de muchas generaciones de hombres de diferentes orígenes, viviendo juntos en parecidas circunstancias”.

Señala el sabor de modernidad de *La Florida* de Garcilaso de la Vega (El Inca) en el modo de tratar la historia como novela imaginativa. Garcilaso es en el panorama de Henríquez Ureña, el Herodoto incaico, creador en sus *Comentarios Reales* de un “monumento digno de las poderosas estructuras arquitectónicas” cuzqueñas.

El deseo de independencia intelectual se expresa por primera vez en *La alocución a la poesía* de Andrés Bello, en 1823 y se afirma en la oda *Al vencedor de Miñarica* de José Joaquín Olmedo, la que Henríquez Ureña, apartándose de su habitual medida crítica, describe como “soberbia”. Para los poetas de la independencia la poesía se vuelve una manera de actividad política. La generación de 1830 aspira más aún que Bello y Olmedo a la independencia intelectual: los temas nuevos no bastan; se sueñan formas nuevas también, adecuadas para expresarlos. El movimiento romántico tuvo en la América hispánica carácter propio: intentando, al evadir las reglas clásicas, romper todas las reglas: la anarquía frecuente en la literatura lo era también en la vida pública. A diferencia de los románticos europeos los hispanoamericanos vivieron arraigados en la tierra, en la familia y la tradición. Nunca fueron insurgentes de exaltado individualismo. La literatura romántica europea expresó la libre pasión en pugna con la sociedad. La hispanoamericana, una abundante poesía doméstica. Si hoy la mediocridad de esta poesía de lágrimas ociosas nos parece ridícula, no debemos olvidar que “pocas veces han sufrido los hombres tanto y tan largo espacio, como en estos años anárquicos de nuestro romanticismo”.

El juicio sobre Sarmiento escritor, revalora el de la crítica tradicional: el autor de *Facundo* nunca fue descuidado a la manera del mediocre. Escribía de prisa, urgido por las exigencias de inmediata publicación, pero su estilo se volvía brillante sin esfuerzo, maestro de la palabra apta, dueño de rico casticismo aprendido en su provincia nativa.

Demuestra que la novela realista aparece entre nosotros con *Martín Rivas*, de Blest-Gana en 1862 antes de la época realista española: *La Fontana de Oro* de Galdós (1871).

Llama Henríquez Ureña “literatura pura” a la que se escribe de 1890 a 1920. En ella los autores abandonan la política, restringiéndose a su profesión intelectual. La tradición del hombre de letras y a la vez político,

<sup>3</sup> Henríquez Ureña: *A Leonor Feltz, Horas de Estudio*, París, Ollendorff, 1909.

termina con José Martí. En este instante se gana la independencia literaria de España, anunciada por *Ismaelillo* de Martí y lograda en Rubén Darío con el triunfo del modernismo. El exotismo modernista refleja, según Henríquez Ureña, la reaparición del lujo y la riqueza en Hispanoamérica durante los prósperos años de 1880 y la primera década del novecientos. Por eso en el estilo de los poetas predomina el vocabulario de lujo: piedras, metales, pájaros. Los mejores prosistas del instante adquieren el arte de la prosa imaginativa, típica, según Walter Pater, de los últimos años del novecientos. En la prosa de Gutiérrez Nájera, en sus precisas miniaturas, ve Henríquez Ureña un precedente del arte de Azorín.

Del *Ariel* de Rodó piensa que aunque nos parezcan obvias, sus enseñanzas son fundamentales “porque siempre hay una generación necesitada de la palabra dicha oportunamente”. Este juicio augura una revaloración de lo que será siempre actual en *Ariel*: la necesidad de integración, de mantener la personalidad libre de estrechas especializaciones; la lección de Grecia en contraste con Fenicia y Cartago, la fe en una democracia reformada, como salvaguardia de libertad espiritual.

El modernismo elabora también un tipo de cuento “poéticamente concebido y desarrollado” como lo escribieron Díaz Rodríguez, Nervo y Lugones. Esta manera poética se adopta con menos frecuencia en la novela, como en *La gloria de Don Ramiro*. En la novela, fantasía poética y realismo se encuentran y chocan, o se mezclan. En 1880, nuestra novela realista iniciada por Blest-Gana, recibe la influencia del naturalismo francés. La mayoría de nuestros novelistas, persistieron en el espontáneo realismo tradicional iniciado por *El Periquillo Sarmiento* en 1816. Los mejores novelistas lograron conciliar ambas tendencias —Reyles y Díaz Rodríguez— realismo en las descripciones de los aspectos externos, personajes concentrados en sí mismos.

Establecida la división de trabajo en verdaderas o fingidas democracias, nuestros hombres de letras dejaron de ser al mismo tiempo líderes en la vida pública. Su objeto fue por algún tiempo la “literatura pura”, el confinamiento en la torre de marfil, como venganza a la supuesta inatención de la burguesía. Henríquez Ureña ve esta actitud como insatisfacción por haber perdido importancia ante el público y piensa que sus quejas no estaban justificadas. Nuestros escritores han tenido lectores siempre. Si nuestro público no es mayor es por la pobreza e iliteracia de gran parte de nuestra población. Asegura aquí Henríquez Ureña que nuestros poetas tienen, proporcionalmente, mayor cantidad de lectores que los poetas de ningún otro de los países de la cultura occidental.

En el período de 1920 a 1940 nuestra literatura se afirma en dos cauces: uno de objetivos puramente artísticos, otro de fines sociales. *El Repertorio Americano* de Joaquín García Monge es significativo en su gradual transformación desde una publicación literaria cuando comenzó en 1920, a una especie de tribuna social y política de los problemas hispanoamericanos.

En los *ismos* de 1920 Hispanoamérica y España van armonizadas en un mismo compás. Resume la busca de expresión que esta época representa en el ultraísmo y vanguardismo españoles y el creacionismo hispanoamericano. Señala las aportaciones más valiosas de entonces: la audacia metafórica, la gran variedad de asociaciones en las imágenes, y una sintaxis viva y libre. En lo formal, junto al versolibrismo resucitaron formas clásicas y tradicionales: la lira, el soneto, el terceto, la *espinela*. Se conserva aquí muchas veces la lucidez clásica, pero con frecuencia las viejas formas se rejuvenecen con metáforas del más atrevido tipo moderno.

La poesía negra, los temas indios, la novela contemporánea, se comentan en las páginas siguientes. La novela rural, la social o proletaria, son entre nosotros todavía más importantes también que la psicológica. El novelista psicológico es esencialmente un ensayista. Cita Henríquez Ureña el caso de Eduardo Mallea, de quien se conoce más la *Historia de una pasión argentina* que las novelas desmenuzadoras de almas solitarias en conflicto. Aquel ensayo de Mallea tiene a mi ver tanto carácter ensayístico como novelesco. Mallea ahí, como en *La Bahía del Silencio*, considerada novela por la crítica, hace en realidad una fusión de ambas formas.

La música y la nueva pintura son brevemente comentadas en las páginas últimas del libro. La nueva pintura es para Henríquez Ureña ayuda singular en el esfuerzo de Hispanoamérica hacia “mayor libertad y mejor civilización”.

Dos novedades ofrece esta obra: la inclusión del Brasil en sus diferentes aspectos culturales, y las abundantes referencias a Puerto Rico. Nuestra isla es para Henríquez Ureña, parte del orbe hispanoamericano y definitivamente la une a él al citar las viejas pinturas de la Catedral de San Juan junto con las de la Catedral de Santo Domingo; la sutil manera como en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico bajo el dominio español, se expresaba la rebeldía en la literatura.

Al referirse a la muerte de Martí, menciona a nuestro poeta Francisco Gonzalo Marín, muerto en la guerra de la independencia cubana. Asegura que en la poesía criollista, Domingo del Monte tuvo imitadores en Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Dedicó casi dos páginas a Hostos citando el juicio de Antonio Caso: “Hostos es la obra maestra del pensamiento ético hispanoamericano.”

En el capítulo *Problemas de hoy* explica la vuelta de los hombres de letras a la actitud revolucionaria. Ejemplo de ello es la literatura de la revolución mexicana, el liderato aprista de Haya de la Torre y la personalidad literaria y política a la vez de tres puertorriqueños: Pedro Albizu Campos, Juan Antonio Corretjer y Luis Muñoz Marín.

Subraya la inmensa boga que tuvo la poesía negra después de su aparición en 1925, particularmente en los versos de los cubanos Nicolás Guillén y Emilio Ballagas y del puertorriqueño Luis Palés Matos.

Por último, enumerando los compositores en la música hispanoamericana de los últimos cien años, menciona a Juan Morel Campos. Considera sus danzas con el “waltz” *Sobre las olas* del mexicano Juventino Rosas o la habanera *Tú* del cubano Eduardo Sánchez Fuentes, como típicos de la contribución distintiva de la música hispanoamericana: un tipo de música popular que se sitúa en lugar intermedio entre las formas clásicas y folklóricas.

En carta del doce de marzo de 1946 me pedía algunos datos complementarios para una reseña histórica de Puerto Rico escrita para la Historia de América de la Casa Jackson. Tiene esta breve carta un testimonio precioso de la pulcritud dominante en las investigaciones del Maestro, de su noble humildad, cima del *scholar* verdadero: “Cualquiera rectificación que crea usted oportuno en la reseña le agradeceré que me la indique.”

No sé si mi contestación a esa carta, burló el cerco, ya estrecho de la muerte.